

Textos de Darío Mollá Llácer sj

«¿Tenéis aquí algo de comer?» (Lc 24,41)

Les propongo que sigamos esta mañana en la misma dinámica de sencilla contemplación de estos días pasados. Se trata de acercarnos a una escena del evangelio, de fijarnos en algún detalle sencillo, de saborearlo y profundizar en él. Hemos prestado atención particular a frases de Jesús y en ellas hemos descubierto un mensaje de vida que, atravesando el tiempo, llega también a nosotros.

Esta mañana escogemos para nuestra contemplación una de las apariciones de Jesús Resucitado que narra el evangelista Lucas en el último capítulo de su evangelio: la aparición a los apóstoles. Y dentro de esa aparición les propongo que nos centremos también en una frase de Jesús: «¿Tenéis aquí algo que comer?» (Lc 24,41). Posiblemente les sorprenda la frase que elijo por su aparente intrascendencia, incluso por su banalidad: Es seguramente la frase más sencilla y aparentemente menos trascendente de todo el relato. Pero, profundizando en ella, quedaremos aún más sorprendidos por el alcance que tiene. De entrada, quiero constatar que es una frase enormemente humana y cotidiana, una pregunta que hemos hecho todos nosotros muchas veces en la vida...: es, también, «una de tantas». El Jesús Resucitado es el Jesús humano, el glorificado es el encarnado en nuestra humanidad.

Pero antes de entrar en la contemplación y profundización de esta frase, y al igual que hemos hecho en días anteriores, atendamos al conjunto de la escena previamente a contemplar los detalles, porque así estos cobran su justo valor. Eso nos va a permitir, además, hacer una constatación más general sobre las apariciones de Jesús Resucitado que me parece importante.

La escena que contemplamos y en la que se sitúa esta frase es una escena de intimidad, de familiaridad, solo conocida por aquellos que la viven. Sin testigos ajenos a los propios protagonistas. Ayer, por el contrario, contemplábamos cómo la escena de la crucifixión era una escena pública, en espacio abierto, a la vista de todos. No dejemos pasar inadvertido ese contraste: por una parte, la «publi-

cidad», el carácter público, de la Crucifixión; por otra, la «privacidad», el carácter íntimo de las manifestaciones del Resucitado, no solo de esta, sino de todas las que aparecen en el evangelio.

Este contraste es un dato de un profundo valor teológico sobre el modo de hacer de Dios, sobre su estilo tan diverso al nuestro. ¿Verdad que nosotros lo hubiéramos hecho, lo hacemos de hecho, justo al revés? Hubiéramos ocultado lo más posible el fracaso y la humillación de la Cruz y hubiéramos «publicitado» al máximo posible el triunfo y la espectacularidad de la Resurrección. Es una manera distinta de hacer la de Dios y la nuestra, porque también son distintas las pretensiones e intenciones de Dios y las nuestras. La intención de Dios es suscitar la fe, el reconocimiento y la acogida personal, la humildad en la vida y en el seguimiento; nuestras pretensiones serían y son hacer patente nuestra victoria, convencer impresionando, sumar número sin importar calidad.

La resurrección de Jesús no es un fenómeno espectacular, lleno de apariencia, impresionante a los sentidos, tendente o capaz de acallar en su potencia y espectacularidad cualquier argumento de los enemigos o susceptible de imponerse con una evidencia literalmente aplastante a las dudas de los amigos. No. Se presenta con la misma debilidad con la que en el capítulo 2° del evangelio de Lucas se presenta el Salvador: como un niño recién nacido, necesitado de reconocimiento y acogida para sobrevivir y crecer. También el Resucitado necesita ser reconocido, aceptado y acogido para crecer en nuestro corazón... Así fue la obra de Dios, la mayor obra de Dios, y así es y sigue siendo.

Desde la contemplación y meditación de este misterio de sencillez, discreción e incluso ocultamiento de la Resurrección de Jesús, se nos hace una llamada importante. Somos llamados a entender, aceptar y vivir el misterioso, desconcertante y tantas veces insoportable escondimiento del bien en nuestro mundo y en nuestra historia. El bien, en cuanto obra de Dios, suele ser pequeño, sencillo, débil, necesitado de acogida para manifestar todo su poder y su fuerza; frente a un mal que aparece por todas partes, poderoso, innegable, avasallador. En esto encontramos el primer y elemental desafío que nos plantea nuestra fe en la Resurrección de Jesús: ser descubridores del bien oculto y débil, sencillo y escondido, discreto hasta casi la invisibilidad, que hay en nuestra humanidad y en nuestro mundo, porque solo descubriéndolo y acogéndolo, lo haremos crecer y le daremos su plena fecundidad.

Dicho esto, con carácter más genérico, vamos a intentar profundizar, de fuera hacia adentro, en los sentidos de la frase de Jesús.

a) Sentido profético

La escena íntima en la que se hace presente el Resucitado es una comida y con la comida se relaciona la frase. La comida es, en la vida humana, lo más sencillo y cotidiano y en el evangelio uno de los signos más queridos por Jesús. Si hubieran visto esta escena los enemigos de Jesús podrían seguir llamando al Resucitado «comilón y borracho» como se lo habían llamado al Jesús histórico (Mt 11,19)... Las comidas fueron en vida de Jesús signo de misericordia, promesa y anuncio de una alegría para siempre, signo de su entrega. En la misericordia, en la alegría que se comparte, en la eucaristía que se celebra en memoria de la entrega de Jesús y en nuestra comunión con esa entrega, el Resucitado anuncia su presencia. Hablábamos hace un momento de la continuidad entre el Resucitado y el Jesús histórico; también se nos manifiesta en esto: el Jesús Resucitado sigue haciendo de la comida y del banquete signo de evangelio, de buena noticia.

Pero hay un dato que quiero destacar y que les propongo a su meditación: de todas las comidas de Jesús que recogen los evangelios, solo una la organizó Él: la cena Pascual. En todas las demás, y son muchas, Jesús participa como invitado: invitado en las bodas de Caná (Jn 2,2), invitado en casa de Simón (Lc 7,36)... Invitado por otros, o autoinvitado... A bastantes de ellas Jesús se autoinvitó: se autoinvita en la escena que contemplamos hoy, se autoinvita en la aparición junto al lago que narra el evangelio de Juan (Jn 21,5), se autoinvita a comer en casa de Zaqueo (Lc 19,5) ... La frase que meditamos solo suele ser dicha por alguien que se ha autoinvitado. Solo quien se presenta cuando no se le espera y donde no se le espera pregunta: «¿tenéis algo que comer?».

Hay una diferencia importante entre el modo como acogemos a los que nosotros invitamos y la manera como nos situamos respecto a los que se autoinvitan, a los que se presentan de repente en nuestra mesa. Tener invitados es, incluso, señal de poderío, influencia y prestigio: «a esta boda fueron tantos invitados», o «he conseguido que D. Fulano venga a mi casa, acepte mi invitación a comer». Entonces toda atención es poca y todo gasto parece justificado. Pero de qué distinta manera acogemos al que de repente, o sin avisar, o fuera de hora, o el día más inconveniente o todo ello junto se nos presenta a comer y nos hace la preguntita: «¿tenéis algo que comer?». Se le suele acoger con un disgusto más o menos disimulado, más o menos educado, pero disgusto al fin y al cabo. Y el problema no es casi nunca que falte comida: hay de sobra; el problema es que molesta, que no controlamos, que introduce en nuestra vida lo no previsto. En esa situación las pequeñas molestias se exageran y todo es argumento válido para justificar nuestras pocas ganas de acoger.

Jesús Resucitado es, muchas veces en la vida, y hoy en esta escena, alguien que se autoinvita y que, de repente, aparece en nuestra vida en el momento y contexto menos oportuno preguntando si tenemos algo que comer, distrayendo nuestra atención de las cosas importantes en las que estamos metidos, molestando, interrumpiendo, pidiendo nuestra acogida...

Ese Jesús que ahora pregunta a sus discípulos si tienen algo que comer no es otro que el que les dijo que tomaría como signo de cariño hacia Él mismo un simple vaso de agua dado a un discípulo suyo (Mt 10,42), y el que dijo que cuando se constituyera como juez al final de la historia lo haría identificado con los hambrientos a quienes se da o no se da de comer o con los sedientos a quienes se da o no se da de beber (Mt 25,31-46). Cuando el rico Epulón excluye al pobre Lázaro de su mesa está anticipando su juicio y destino de condenación (Lc 16,19-22). No les resulta nueva, ni desconocida a los apóstoles esta postura de Jesús y saben que la pregunta es cualquier cosa menos banal. Con ella Jesús les está invitando no solo a que se den cuenta que no es un fantasma, que es Él mismo, sino a que aprendan a reconocerle en quien, hambriento, se acerque a ellos pidiendo pan o agua, reconocimiento de su dignidad y acogida.

Es muy evidente, evangelio en mano, que en quienes se acercan a nuestra puerta y a nuestra mesa bien colmada porque tienen hambre, porque confían en nuestra humanidad, está llamando a la puerta el mismo Jesús Resucitado: «¿tenéis algo que comer?» (Lc 24,41). Molestan ciertamente, porque ya lo teníamos todo bien organizado sin ellos. Llegan en número, tiempo y forma inadecuados: no nos han telefoneado ni nos han pedido permiso antes, no guardan cola o hartos de colas interminables y estériles se las saltan. Pero no vienen por gusto, vienen por necesidad, y con mucho dolor acumulado. Podemos argumentar y explicar, pero van a seguir viniendo mientras en nuestro mundo haya mesas colmadas y mesas vacías. Y nos preguntan si tenemos algo de comer, si tenemos trabajo que ofrecer, si tenemos posibilidades que darles para dignificar sus vidas. Esas preguntas y esas personas no nos pueden coger por sorpresa a los cristianos: ya las hemos oído antes, y ni más ni menos que en boca del Resucitado: «¿tenéis algo que comer?». El Señor espera ser invitado por nosotros a nuestras vidas y no solo en la intimidad de la oración, sino en la participación con los que necesitan de aquellos bienes que hemos recibido. Aunque lleguen fuera de tiempo y a deshora, cuando no les esperábamos...

b) Sentido sanante

Situarnos ante la frase de Jesús desde la literalidad del propio contenido nos ha abierto a su sentido profético. Vamos ahora a profundizar algo más en ella.

Y lo vamos a hacer atendiendo al contexto «histórico» en el que es dicha, a las circunstancias en que es pronunciada. Circunstancias que, como veremos, le dan un sentido nuevo y una nueva profundidad.

La escena que contemplamos esta mañana es el primer encuentro que presenta el evangelista Lucas entre Jesús y sus apóstoles tras la pasión y muerte. Tras la pasión y muerte de Jesús, y tras el abandono, la negación y la traición de ellos. No está allí el traidor, pero sí están aquel que había prometido dar la vida por él y se asustó ante la indiscreción de una portera, y aquellos que huyeron. Y están en una postura y situación no especialmente gloriosas para ellos: refugiados, metidos en su casa por miedo, escépticos ante las voces que les llegan de las mujeres o de otros discípulos que dicen que han visto al Señor. Como en tantos otros lugares del evangelio, miedo y falta de fe van juntos, son las dos caras de una misma moneda (Lc 8,25). Llenos de miedo, vacíos de fe... y podemos pensar que también muertos de vergüenza. ¿Qué va a pasar?, ¿qué les va a decir sobre su conducta el Señor abandonado y negado en el momento más difícil de su vida?, ¿qué consecuencias va a tener todo esto? Jesús tiene bastantes cuentas pendientes con ellos, y habrá que ver cómo y cuándo y por quién empieza a cobrarlas. La escena sucede en esta situación de tensión e incertidumbre, en el reencuentro difícil después de todo lo que ha pasado...

Bueno, la cosa no ha empezado mal, piensan los más optimistas entre ellos. Cuando ha hablado con las mujeres o con los de Emaús no les ha criticado, no les ha puesto en cuestión o desautorizado; no les ha culpabilizado directamente de nada, ni se ha quejado de su conducta. Sí, pero una cosa es eso y otra cosa es verse de nuevo cara a cara con Él, y verse cara a cara en la intimidad. Se sienten culpables, avergonzados, temerosos... Los optimistas siguen pensando que tampoco ha empezado mal este encuentro mismo: ha comenzado deseándoles la paz, como siempre, como tantas veces... Es verdad que les ha vuelto a echar en cara su miedo y su falta de fe, pero sin dureza especial, del mismo cariñoso modo que lo hizo en el lago el día de la tormenta, o que lo ha hecho muchas veces...: más en un tono de asombro y sorpresa que de enfado. ¿Qué más va a decir?, ¿qué es lo siguiente? Pues eso: lo siguiente es preguntarles si tienen algo que comer, si le invitan a comer... ¡Qué alivio! Ya me perdonarán este relato un poco novelesco, pero creo que ajustado a la situación que vivían los apóstoles cuando escuchan esta frase de Jesús. Contemplar es también fijarse en los sentimientos, llegar de las palabras y de los gestos a los sentimientos, y creo que más o menos estos pudieron ser los sentimientos de los apóstoles en esos momentos.

En muchas ocasiones de la vida tan o más importante que lo que se dice es lo que se calla, lo que no se dice, lo que se omite. Y es bueno que caigamos en

la cuenta de lo que hoy Jesús no dice a sus apóstoles, aquellas palabras que quizá ellos temían y que, sin embargo, Jesús no va a pronunciar. No hay condenas: ni una sola palabra de condena, pese a que lo que han hecho es franca y evidentemente condenable en unos amigos: dejar solo al amigo en su hora más difícil. No hay ajuste de cuentas: ni una sola palabra en la que Jesús les pida cuentas o explicaciones de por qué hicieron lo que hicieron, o de si lo pudieron haber hecho de otro modo: no hay ajuste de cuentas no porque no haya cuentas que ajustar, sino porque ese no es el estilo de Jesús. No hay ni una palabra de lamento por lo sucedido, ni siquiera un pasar por la cara los hechos: es, literalmente, como si nada hubiera pasado. Juan cuenta un diálogo en el lago entre Jesús y Simón Pedro en el que Jesús con una finura y delicadeza exquisitas propicia que le pueda volver a expresar su cariño: pero lo que quiere que le exprese, lo que propicia que le exprese, es su cariño, no su culpabilidad.

«¿Tenéis algo que comer?» dicho en ese contexto y en esa circunstancia es decir: «aquí no ha pasado nada», «vamos a lo de siempre...». Como tantas veces en la vida, con una frase banal, cotidiana, inesperada, Jesús rompe definitivamente la tensión del momento, recomienza de nuevo la historia bruscamente interrumpida el jueves, también en una comida. Jesús perdona al estilo del Padre de la parábola: sin decir la palabra perdón. Nos encontramos pues, profundizando, que esta frase aparentemente banal de Jesús tiene un profundo sentido sanante de alcance misericordioso.

A partir de todo esto, podemos decir muchas cosas sobre el qué y el cómo del perdón cristiano! En definitiva, perdonar como Jesús es perdonar así, con esa sencillez, con esa limpieza, con esa gratuidad... Perdonar es dar al otro la oportunidad de recomenzar, y recomenzar nosotros mismos nuestra vida y nuestra relación con el otro, con toda la sencillez y cotidianeidad del mundo, sin buscar ese gesto solemne que me hace sentir a mí estupendo y magnánimo, aún a costa de humillar al otro. ¡Qué evangélico, y qué humano, es perdonar así! La sencilla vuelta a la normalidad sin rencor, sin lamento, sin esperar el gesto o la palabra en la que el otro explicita (y a poder ser con detalles) su culpabilidad.

El perdón cristiano no es ni el momento siguiente ni la recompensa por una capitulación; el perdón cristiano se asienta sobre la humillación del ofensor; el perdón cristiano no es posterior al ajuste de cuentas: es más, si las cuentas ya están ajustadas, no hay nada que perdonar; el perdón cristiano rompe cuentas y facturas antes de presentárselas al deudor. Es seguramente algo tan sencillo como «¿nos vamos a comer juntos?», «¿tienes algo que comer?».

Obviamente ese modo de perdón no es exigible a todos, pero es el perdón en el que Jesús nos inicia y al que nos llama a sus seguidores..., y no una vez, sino «se-

tenta veces siete» (Mt 18,22), si hiciera falta: así se lo pidió Él a Simón Pedro, y así lo practicó Él con Simón Pedro. También obviamente, este modo de perdonar es gracia, es don, no está en solo nuestras manos. Pero es gracia que se nos da cuando la pedimos, y, sobre todo, cuando nosotros mismos nos abrimos al perdón de Dios.

c) Sentido teológico

Todavía es posible profundizar algo más en el sentido de esta frase de Jesús que hemos escogido como objeto de nuestra meditación de hoy, si la analizamos y reflexionamos desde otra perspectiva. Hasta ahora nos hemos fijado en el contenido literal de la misma, en un primer momento, y en las circunstancias en que fue pronunciada en un segundo momento. Podemos acercarnos a ella ahora desde la perspectiva del sujeto que la formula. Es Jesús Resucitado, la manifestación de Dios. Y ese Jesús Resucitado que nos revela y nos da a conocer a Dios («nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar», Mt 11,27) nos aparece en ella como alguien que pregunta y que pide. No sé si en nuestros esquemas y concepciones de Dios entra mucho eso de un Dios que pida y que pregunte; más bien tendemos a pensar que Dios es el que debe dar y el que debe responder y nosotros pedir y preguntar. Les invito a profundizar en esto, y a descubrir que la frase de Jesús que estarnos meditando hoy no solo tiene un alcance profético o sanante, sino también teológico en el sentido más estricto de la palabra.

El Jesús resucitado pregunta y pregunta mucho: «¿por qué lloras?» (Jn 20,13), «Muchachos, ¿tenéis pescado?» (Jn 21,5), «¿Me quieres?» (Jn 21,16), «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» (Lc 24,17)... y nuestra pregunta base de esta mañana: «¿Tenéis algo que comer?» (Lc 24,41), y otras más... También el Jesús de antes de la muerte y resurrección preguntaba mucho, y a veces preguntas muy curiosas y sorprendentes, que precisamente por eso, tienen mucho calado, como aquella vez que le preguntó a uno que llevaba años enfermo y esperando que lo metieran en la piscina para sanarle «¿quieres curarte?» (Jn 5,6), o cuando le dice a un ciego que se pone ante Él «¿Qué quieres que te haga?» (Lc 18,41). El Dios que se nos manifiesta en Jesús es el Dios que pregunta, el Dios de las preguntas...

Dios pregunta para que también nosotros nos preguntemos, pregunta para que no nos instalemos en nuestras seguridades, en lo que a primera vista puede parecer evidente, en lo que siempre se ha hecho o ha sido, pregunta porque quiere que nuestra fe en Él sea una respuesta personal.

Este preguntar de Dios nos hace repensar muchas cosas sobre nuestra fe y sobre el modo como la entendemos. Quizá la fe no sea tanto una colección, un sistema de respuestas ya preestablecidas a las diversas preguntas y a los diversos interrogantes que nos plantea la vida: quizá la fe sea más el buscar siempre respuestas a las preguntas nuevas que desde tantos ámbitos de la vida se nos plantean. Y quizá la fe es creer en Dios que más que dar respuestas fáciles y falsas a nuestras preguntas lo que va a hacer es sumar sus preguntas a las nuestras y acompañarnos en el camino de nuestras búsquedas, como Jesús hizo con los de Emaús.

A veces pensamos, y pensamos mal, que para seguir a Jesús hay que tenerlo todo claro y todo previsto, o que la fe en Dios es no tener ninguna duda, ninguna pregunta. En ocasiones llegamos a asustarnos por nuestras dudas y preguntas. Pues quizá no. Quizá meterse en el camino del seguimiento de Jesús es mucho más meterse en un camino complejo que en un camino donde todo está asegurado de antemano. Quizá la fe sin dudas no es ni siquiera fe, sino que la auténtica fe ha de soportar sus propias dudas, y que no hay una fe auténticamente madura que no tenga atravesadas dudas en su cuerpo. Si Jesús pregunta, si Dios pregunta ¿por qué no, y cuánto más nosotros?

El Jesús Resucitado además de preguntar pide. Ya lo decíamos antes: se nos presenta en el necesitado, en el menesteroso, en el hambriento... Pero yo creo que hay otra trascendencia, otro alcance en ese pedir del Resucitado, que es manifestación del pedir de Dios.

El Jesús histórico pedía: por poner solo un par de ejemplos, pedía la fe para hacer milagros; o pidió los panes y peces para multiplicarlos: no quiso sacarlos de las piedras, sino multiplicar lo que la gente le dio. Jesús no quería dependientes de él ni pedigüños. Hay un momento muy trascendente en la historia de la salvación en el que Dios pide: cuando va a poner en marcha su obra salvífica y le pide a María su colaboración. Como nos la pide a cada uno de nosotros para salvarnos.

Jesús pide, Dios pide: ¿porqué eso es así?, ¿qué significado tiene? Pienso que un significado muy trascendente e importante. Dios quiere relacionarse con nosotros como quien se relaciona con un amigo, con la persona que ama. Y en el amor entre dos personas, para que sea de verdad amor y no sometimiento o dependencia u otra forma espúrea de relación, hay petición mutua y donación mutua. Dios quiere dárseos y quiere que nosotros nos demos a Él.

Ignacio de Loyola acaba sus Ejercicios con lo que llama la «Contemplación para alcanzar amor». Y al comienzo de esa contemplación pone una nota o adverten-

cia previa muy importante y pertinente en este momento: «El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro» (EE 231). Y Dios quiere que nuestra relación con Él sea de amado a amante: por eso da, pero también por eso pide.

Ese Jesús que pide y pregunta, y nos manifiesta a un Dios que pide y pregunta, nos abre la puerta a una relación con Dios que quiere ser relación de amor maduro, y no de dependencia o sometimiento o temor, y nos abre la puertas a una fe muy humana en sus preguntas y dudas, pero también muy divina en su amor y donación.
